

ANGEL POLIZIANO RELATA LA ULTIMA ENFERMEDAD Y MUERTE SANTA DE LORENZO EL MAGNIFICO

Escribe: JULIAN MOTTA SALAS

Fue Lorenzo el Magnífico, nieto de Cosme el Viejo, un príncipe tan insigne que no les quedó a la zaga a los Cincinatos, los Fabios, los Escipiones, los Mesalas, los Augustos, así en el cultivo de su propio solar, cavando y arando la tierra o podando sus viñas, como en el manejo de la cosa pública, en el arte de las letras, en las cuales fue excelentísimo, en la guerra y en los negocios del Estado. Dominó en Florencia y llamáronle algunos tirano, como a casi todos los príncipes del Renacimiento, pero supo llevar con la espada —*inimicorum sanguine madefacta*— la sonrisa en los labios y el ramo de flores para solazar y perfumar a las damas. Fue feísimo, pero tenía negros los ojos y vivísimos como los de Savonarola. Supo ser atleta, justador y *condottiero*, y por eso venció en lid abierta a Colleone, y en el torneo en que se le acercó para coronarle con un ramo de violetas la preciosa doncella Lucrecia Donati y darle un beso de amor con aquellos labios finísimos como los de la misma Bella Simonetta que pintó Botticelli, por haberles hecho morder el polvo a Braccio de Médici, Carlos Borromeo, Carlos da Forme y Benedetto Salutati, debió de salir de la liza recitando los versos enamorados de Ovidio, que tanto le embelesaban.

Aunque conocía el origen plebeyo de su abuelo, el *Pater Patriae*, sabía que su grandeza estribaba en platicar diariamente en la Academia Platónica con Marsilio Ficino, Lorenzo Valla, Cristóbal Landino, Angel Poliziano, en veces con Calcóndilas, Lascaris, Jorge de Trebizonda, o con Musurozcon Victorino da Feltre, bien en Caffagiolo, en Careggi, en Caiano, cuándo en el palacio de la Vía Larga, recordando los versos de Virgilio, de Horacio, de Teócrito, de Dante, del Petrarca, u oyéndole recitar de memoria a Marsilio Ficino la preciosa plegaria de Sócrates con que Platón termina gloriosamente el diálogo de su Fedro, como un anticipo de las armonías celestiales:

“Oh querido Pan y demás dioses de esta tierra, dadme que pueda llegar a ser bello interiormente y que cuanto poseo por fuera esté conforme con la belleza interior. Que el sabio me parezca rico, y que no quiera llevar ni tener otra riqueza sino la que podría poseer un hombre honrado”.

Tenía la mente en las cumbres de la belleza helénica y latina, platicaba a la sombra de los cipreses y los pinos sobre amena literatura, placiase en componer poemas latinos y en metros italianos, escritos a la manera de aquel *dolce stil nuovo* que deleitó a Dante, gozábese alabando a la tentadora Afrodita, vivía entre las gracias caballerescas de la Edad Media practicando los amores de las cortes provenzales entre músicas y fiestas y jocundas moragas, y consolaba por las noches sus cuitas de amor leyendo los versos de Homero, de Teócrito o de Anacreonte.

¿En qué otra cosa pensaban los dioses de las letras del Renacimiento?

*Chi vuol esser lieto sia.
Di doman non c'e certezza.*

Bien así como paganamente le decía a Melibea la engañadora vieja Celestina: "Gozad vuestras frescas mocedades, que quien tiempo tiene e mejor le espera, tiempo viene que se arrepiente, como yo fago agora por algunas horas, que dexé perder, quando moza, quando me preciaban, quando me querían. Que ya ¡mal pecado!, caducado he, nadie no me quiere".

No era muy devoto de la filosofía como Pico de la Mirándola, ni como Ficino o como Leonardo, que era hombre universal, pero le bastaba pasar las horas con los versos de Dante, del Petrarca, de Pulci, de Boiardo, y galantear a las damas aunque fuese más feo que Picio. Y éstas le querían porque era fuerte y bravo y se vivía en los tiempos del amor, de la caballería y aun de las canciones de gesta. Bien que hubiera tenido guerras con la señoría de Venecia, con Fernando de Aragón y con el Papa, y conquistado a Pietrasanta y a Sarzana, y protegido la libertad de Florencia contra la ambición de los Pitti, y hecho colgar de las ventanas del Palazzo Vecchio a los Pazzi, a Riario y al arzobispo Salviati que, al par de otros, se habían conjurado contra él y habían querido asesinarlo como lo hicieron con su hermano Julián en plena catedral de Florencia cuando alzaban la hostia consagrada en la misa, regresó vencedor a la ciudad del Arno y siguió llevando vida fastuosa de príncipe y señor del Renacimiento, en que campeaban por igual los puñales y los versos y prosas de los más exquisitos autores de las letras griegas y latinas.

Pero me estoy alejando, llevado de los encantos del tema, de lo que pretendo, que es contar la enfermedad y muerte de Lorenzo de Médicis, llamado el Magnífico, cuyos últimos instantes fueron dignos de los grandes hombres, según lo narra Angel Poliziano, preceptor de los hijos de Lorenzo, en una carta latina elegantísima dirigida a Santiago Antiquario.

Cerca de dos meses, dice el poeta y prosista latino, había venido sufriendo Lorenzo de Médicis de los dolores que, por adherirse al cartílago de las vísceras, se llaman hipocondrios. Aunque con su violencia no matan a nadie, sin embargo, por ser agudísimos, se consideran molestísimos con justa razón. Pero en Lorenzo, no se si por la fatalidad o por incuria de los médicos sucedió que mientras le curaban los dolores contrajo una fiebre insidiosísima que, invadiéndolo paulatinamente, le penetró no solamente las arterias o las venas, como suele en las demás, sino en los

miembros, en las entrañas, en los nervios, en los huesos y también en las medulas. Esa fiebre que sutil y ocultamente y casi con rápidos vestigios se le había introducido como furtivamente, pasó al principio casi inadvertida; mas cuando dio señales de su gran poder y no fue curada, afligió de tal modo al hombre que lo disolvió como si su alma y su cuerpo hubiesen sido consumidos. Por lo cual, antes de llegar a la senectud y yacente en la villa de Careggi, se agravó todo y tan repentinamente que no mostró ya ninguna esperanza de salvación. Comprendiéndolo él, siempre prudentísimo, quiso ante todo que se llamase al médico del alma, a quien le confesase, según el rito cristiano, todos los pecados cometidos en su vida. A él le oí yo contar después maravillado que no había visto jamás cosa mayor ni más increíble que el modo como Lorenzo constante, preparado e impertérrito ante la muerte había recordado lo pasado, proveído a lo presente y cuidado religiosa y prudentísimamente a lo futuro. Reposando y meditando a la hora del conticinio, se le anuncia que el sacerdote está presente con el Sacramento. Estremeciéndose allí exclamó: "Lejos de mí el sufrir que mi Jesús, el que me creó, el que me redimió, venga a esta cámara. Quitadme de aquí cuanto antes, os ruego, y llevadme para que pueda ir a encontrar al Señor". Y al decir esto se levantó como pudo y sustentando con el ánimo la debilidad del cuerpo, caminó entre los brazos de sus familiares al encuentro del sacerdote hasta la sala, y arras-trándose a las rodillas de él, suplicante y lloroso, dijo:

"¿Tú, dulcísimo Jesús, Tú te dignas venir a este tu esclavo malísimo? Pero, ¿qué he dicho esclavo? Antes bien el enemigo, ingratisimo por cierto, que colmado por Tí con tantos beneficios, ni escuché jamás tus palabras y tantas veces ofendí a tu Majestad. Así que, por aquel amor con que has abrazado a todo el género humano y te trajo del cielo hasta nosotros, y te compelió a vestirme de nuestra humanidad y a afrontar el hambre y la sed, el frío, el calor, las fatigas, las irrisiones, las contumelias, los flagelos, los golpes, hasta padecer finalmente la cruz y la muerte; por ésta yo te ruego y conjuro, Jesús Salvador, que apartes tu faz de mis pecados para que cuando me presentare ante tu tribunal, al cual siento ya que seré citado dentro de poco, no sean castigados mi culpa y mis malicias, sino condonados por los méritos de tu cruz. Valga, valga en mi causa aquella tu sangre preciosísima, oh Jesús, que derramaste para llevar la libertad a los hombres en el ara sublime de nuestra redención".

Como llorando dijese estas y otras cosas y llorasen también todos los que estaban presentes, manda el sacerdote que le alcen y conduzcan a su lecho para administrarle más cómodamente el Sacramento. Mas él, negándose a hacerlo por algún tiempo, para no ser, sin embargo, menos obsecuente con el sacerdote, dejándose rogar obedeció las reiteradas exhortaciones, recibió el cuerpo y la sangre del Señor, lleno ya de santidad e imponente como con cierta majestad.

Habiéndose alejado los demás empezó a consolar a su hijo Pedro, amonestándolo a sobrellevar con ánimo sereno la fuerza de la necesidad, que no le faltaría el patrocinio del cielo como no le había fallado a él en tantas vicisitudes de los sucesos y la fortuna, para que fuese virtuoso y buscase aquella sabiduría que, bien empleada, produce buenos resulta-

dos. Después de aquella exhortación permaneció algún tiempo meditabundo y luego, salidos los demás, llamó otra vez a su hijo y le dio muchas enseñanzas, preceptos y admoniciones que estaban llenos, según lo hemos oído decir, de singular sabiduría y santidad. Referiré, sin embargo, algunas de las cosas que he podido saber.

“Los ciudadanos —dijo— Pedro mío, te reconocerán sin duda por mi sucesor. No temo que no hayas de gozar en esta república de la misma autoridad que yo mismo gocé hasta hoy. Pero puesto que suele decirse que toda ciudad es un cuerpo con muchas cabezas y no se puede complacer a todos, recuerda que en semejante variedad de opiniones debes seguir siempre la que te parezca más honrada y estarte más bien al sentir general que no al de alguno en particular”.

Dispuso lo referente a su funeral para que se hiciese conforme al de su abuelo Cosme, esto es, del modo conveniente a un ciudadano privado.

Llegó luego del Ticino vuestro Lázaro, el médico, peritísimo según me pareció, el cual, si bien llamado bastante tarde, para no dejar nada sin intentar, preparó toda suerte de medicamentos preciosísimos con gemas y perlas desmenuzadas. Preguntó entonces Lorenzo a los familiares, pues algunos de nosotros ya habíamos sido admitidos en su estancia, qué cosa hacía el médico y qué preparaba. Y habiéndole respondido yo que preparaba un epítima para calentarle las vísceras, con voz bastante clara y mirándome sonriente, como siempre solía, me dijo: “¡Ay, Angel!”. Y levantando fatigosamente los brazos exhaustos y sin fuerzas me cogió apretadamente ambas manos, mientras me conmovían los sollozos y las lágrimas que trataba de ocultar haciendo a un lado la cara. Pero él, mostrándose más sereno, sin cesar me estrechaba las manos. Mas cuando se dio cata de que yo estaba aún embarazado por el llanto, lentamente y como disimulando, para que diese rienda a él, me las soltó. Yo, entonces, me arrojé a la recámara vecina al tálamo llorando y dando rienda suelta, por así decirlo, me entrego al dolor y a las lágrimas. Enjugándomelas vuelvo en seguida a la estancia, secos ya cuanto podía los ojos.

El, tan pronto como me vio, lo que hizo inmediatamente, me llamó de nuevo a sí y me preguntó muy cariñosamente qué hacía su Pico de la Mirándola. Le respondí que estaba en la ciudad y que temía perturbarle si venía. “Pues yo —dijo a su vez— si no temiese que habría de pesarle este largo viaje, desearía verlo y hablarle por última vez antes de dejaros para siempre. —¿Quieres, le pregunté— que lo haga venir?” —“Cuanto antes”, respondió. Lo hago así, en efecto, llega, se sienta, y yo también me arrojo a las rodillas de Lorenzo para escuchar su voz que ya estaba falleciendo. ¡Dios mío!, con cuánta urbanidad, con cuánta suavidad, con qué suerte de exquisiteces lo recibió! Le pidió primero le perdonase por haberle impuesto ese trabajo, pero que lo atribuyese a amor y benevolencia y así daría más gustosamente el postrer suspiro si antes apacentaba sus ojos moribundos viendo a su amigo carísimo. Profirió entonces palabras urbanas y familiares, como solía. Y guaseándose un poco también con nosotros, sin que dejase de mirarnos, dijo: “Querría se retardase esta muerte por lo menos hasta el día en que haya terminado vuestra biblioteca”.

En suma, Pico se acababa de ir cuando Jerónimo de Ferrara, hombre insigne en doctrina y santidad, egregio predicador de celestial doctrina, entró a la estancia y exhortó a Lorenzo a tener fe, y éste respondió que la tenía firmísima; que se propusiera vivir en adelante de una manera correctísima; respondió que lo haría con todas sus fuerzas; finalmente, que si la muerte se hacía necesaria la aceptara con resignación. “Nada —dijo él— me será más dulce si está decretada por Dios”. Ya se alejaba el fraile cuando le dijo Lorenzo: “¡Ay!, padre, deme la bendición antes de dejarme”. E inclinando la cabeza y el rostro y mostrando todo el aspecto de una gran piedad, respondía de memoria y ritualmente a sus palabras y preces, sin manifestarse perturbado en lo más mínimo por el llanto de sus familiares, que no podían disimularlo ya.

Habrías dicho que la muerte pesaba sobre los demás, que no sobre Lorenzo. Así él, solo entre todos, no daba ninguna señal de dolor, de perturbación, o de tristeza, y conservaba hasta el último aliento el acostumbrado rigor de ánimo, la constancia, el equilibrio y la grandeza. Instábanle todavía los médicos y para que no se creyese que no hacían nada lo atormentaban con mucha acuciosidad; pero él nada rechazaba ni se mostraba malhumorado por lo que le ofrecían, no ciertamente porque estuviese halagado con alguna esperanza de vivir, no fuese quizá que entre las ansias de la muerte hiriese a alguno, ni siquiera levisíamente. Y de tal modo se mantuvo fuerte hasta lo último, que aun hacía fisga de su propia muerte, como cuando le contestó a uno que le dio un alimento preguntándole si le agradaba: “Cuanto le puede agradar a un moribundo”. Después de lo cual, habiendo abrazado cariñosamente a todos y pedídoles perdón si había injuriado a alguno o si había causado molestias por su enfermedad, se entregó todo después a la Extremaunción y a la recomendación del alma que pasaba de este mundo. Seguidamente se empezó a recitar el Evangelio en el paso en que se narran los tormentos irrogados a Cristo; mostraba comprender las palabras y casi todas las sentencias, ya moviendo taciturno los labios, ya levantando los lánguidos ojos y a las veces también con una señal de los dedos. Finalmente, fijos los ojos en un crucifijo de plata espléndidamente adornado con perlas y gemas, mirándolo y besándolo, expiró.

Varón nacido para todo lo grande fue hasta tal punto moderado ante todos los vientos de la próspera o la adversa fortuna, que no se sabe si apareció más constante en la felicidad, o más calmoso y temperante en la desgracia. Tuvo tanto, y tan fácil y perspicaz ingenio que donde algunos juzgan grande sobresalir en una sola cosa, brilló él con igual eminencia en todas, pues creo que nadie ignora que la probidad, la justicia, la fe, escogieron el pecho y el alma de Lorenzo de Médicis como morada y templo gratisimos. Cuánta hubiera sido su urbanidad, su cordialidad, su afabilidad, se declara con la eximia benevolencia de todo el pueblo y de todas las clases de ciudadanos. Pero entre todas estas dotes resplandecían su liberalidad y su magnificencia, que le llevaban casi hasta los dioses con una gloria inmortal, mientras que nada hacía solamente en razón del nombre y de la fama, sino por el amor de la virtud. Con cuánto interés comprendiese intelectualmente a los hombres de estudio, cuánto honor y cuánta admiración les demostraba, cuánta labor e industria empleó en buscar y comprar por todo el orbe de la tierra libros griegos y latinos

y cuántos gastos hizo en ello, por grandes que fuesen, lo han visto no ya esta edad o este siglo, sino la misma posteridad que ha sufrido la máxima pérdida con la muerte de este hombre.

Pero nos consuelan en este máximo infortunio sus hijos, dignísimos de semejante padre.

Habla seguidamente Poliziano de los hijos del Magnífico, entre los cuales fue celebradísimo el que llevó el nombre de León X como Pontífice de la cristiandad, cuenta las cosas de admirar que ocurrieron a la muerte de aquel gran literato, guerrero y hombre de estado y, después de relatar que el médico que le dio el brebaje de las perlas y las gemas diluídas se arrojó desesperado a un pozo, termina así su panegírico: "Si nuestro tiempo tuviera uno o dos iguales o semejantes a él, podría atreverse a rivalizar con la misma antigüedad en el esplendor y la gloria de su nombre" (1).

Murió entrañosamente destrozado, pero mirando al Señor en tan cruel agonía su alma debió volar al cielo por la contrición.

Fue el mejor de los príncipes del Renacimiento ese Lorenzo el Magnífico que escribió poemas latinos y gentiles versos de amor en su idioma vernáculo; celebró anualmente en Careggi la fiesta del divino Platón; formó parte del *Chorus florentinae Academiae*; supo perfectamente el griego; estudió con Calcondilas los diálogos del gran escritor del *Fedón*; se los oyó recitar a Marsilio Ficino y poseyó aquella "*belleza interior*" que Sócrates pedía a los dioses en su plegaria sublime.

Vivió entre músicas, danzas, justas, guerras y torneos y hasta en juegos de amor con las gentiles damas italianas, pero murió amando a la Belleza Suprema el día 8 de abril de 1492, en su villa de Careggi, seis meses antes del descubrimiento de esta América india que surgió ante las quillas de las carabelas de Colón que venían despertando a las sirenas por el mar de Sargaso.

(1) *Cui si parem similemque nostra actas unum forte atque alterum tulit, potest audacter iam de splendore nominis et gloria vetustate quoque ipsa contendere.*